

me á empuñar la torpe pluma que olvidado habia, á riesgo de que ella perturbe con palabras disonantes la suavísima cadencia que da vd., señora, á las que lleva al hogar de las damas mexicanas.

Los hombres que, como yo, se consagran desde niños á una profesion que es árida por su propia naturaleza, van por el camino de la vida, á semejanza del viajero que cruza el Sahara al paso tardo de pacífico dromedario. ¡Siempre arenal!...el mismo paisaje siempre, sin variedad ni atractivos! . . . y si por acaso alguna vez el sol de la ciencia finge floridos setos ó mansos lagos de transparentes aguas allá en los horizontes de la profesional carrera, en breve la ilusion se aleja desvaneciéndose al fin. Puede, en efecto, el médico jóven soñar en los comienzos de su espinosa carrera, con bellos oasis de flores, con cascadas de perlas y de brillantes, con todo lo hermoso que vdes. los literatos encuentran siempre en las obras que consultan y en sus propias inspiraciones; pero á medida que avanzamos, cuando ya envejecemos, y por múltiples dolorosas decepciones llegamos á ver que las flores y las perlas son arrebatadas por el Simoun que forma el aliento de los humanos séres, inclinamos la frente resignada y continuamos buscando entre las arenas de nuestro suelo, átomos de la verdad en cuyo seguimiento vamos.

Por lo indicado, debiera yo combatir la resolucion expresa en las primeras líneas. Efectivamente, ¿qué atractivos, qué elegancia en el estilo, qué tropos ó figuras de retórica puede prometerse para dar interés á un artículo, quien tiene por sempiterno espectáculo gentes que padecen, que gimen y que lloran, y harta tiene en consecuencia el alma de tristeza y de fastidio? Así me permití significarlo á vd. en conversacion privada; pero sin negarme la razon, vd., con el talento que le es propio, desvió la dificultad pidiéndome algo que no requiriera el estro del poeta y tuviera sin embargo esencial importancia; algo de higiene, por ejemplo, y accedí al deseo, queriendo, por una parte, dar á vd. gusto, y halagándome por otra el pensamiento de que así podria servir con útiles consejos á las lectoras del *Album de la Mujer*.

Parecióme, vuelvo á decir, más al alcance de mis pequeñas fuerzas, el trabajo así planteado; y una vez en casa, de codos sobre mi bufete, con algunas cuartillas de papel delante y péñola en ristre, hiceme la siguiente reflexion: voy á escribir variaciones más ó ménos torpes sobre un tema importantísimo, la higiene, ó lo que es lo mismo, el arte de conservar la salud y la vida. ¡Magnífico! Pero son tantos, volví á decirme, los puntos que abraza esa ciencia ó arte, que fuera loco empeño hacerlos caber en artículos reducidos que se apropien á un periódico dedicado al bello sexo; y fuera además impertinente tocar asuntos higiénicos, de escasa ó nula importancia para quienes deben leerlos. Concluí entónces que debia limitarme; que de entre lo mucho que es propio del asunto, veíame obligado á tomar por tésis únicamente lo de vital importancia para la familia considerada dentro de su propio hogar y con relacion al domicilio mismo.

Aun así, la materia se presta para escribir volúmenes: la familia, segun el Diccionario de nuestra lengua, es formada por la gente que vive en una casa debajo del mando del señor de ella, y en consecuencia el estudio que de la familia se haga, considerándolo en sus elementos, debe recaer sobre el varon, sobre la esposa, los niños, los domésticos, etc. Y me dije por última vez: haré punto omiso del varon, supuesto que el periódico en que escribo no le pertenece del todo; eliminaré tambien á los niños, por estarse ocupando de su higiene pluma mucho mejor que la mia, la del inteligente médico y buen literato J. M. Bandera, en

*La Patria Ilustrada*; y finalmente, pasaré por alto á los criados, para quienes mis palabras escritas, escritas se quedarían, pues ciertamente no habrán de leerlas. Quedóme como punto objetivo la mujer. ¡La mujer! y ¿quién no tiembla, quién no retrocede ante la sola idea de ocuparse de una criatura tan delicada en su organizacion física, tan vigorosa en sus arranques pasionales, tan ligera en sus caprichos como tenaz en sus resoluciones, que puede enfermarse con el aliento de un suspiro, y puede tambien deshacerse en lágrimas sin que ellas le causen mal? La mujer, por otra parte, en su traje, en sus costumbres, en su alimentacion, en su modo de vivir, en fin, comete pecados que es preciso censurar, aunque temo queden impenitentes á pesar de la censura. Decir á una dama que el ajustado corsé entorpece la circulacion de la sangre, congestionando por ende órganos muy importantes ó impidiendo sus actos fisiológicos; aconsejarla que renuncie al calzado que usa, por ser éste inartístico y propio en consecuencia, no sólo para deformar los piés, sino tambien para impedir que la marcha sea libre y elegante; indicarla que los cosméticos ó afeites, que por parecer bien suelen usar en las mejillas, en los labios y en la garganta, maltratan la piel, la arrugan, la enferman; decirle todo esto, es predicar en desierto, como vulgarmente se dice, puesto que la moda la persuade ó procura persuadirla de que todo ello, si bien la enferma, la embellece más.

Perdone vd., señora, mi franqueza; pero vd. que es una mujer superior en cuyo cultivado espíritu no cabe el indicado femenino achaque, convendrá conmigo en que desde que la madre Eva salió del Paraíso cubriendo sus escultóricas formas con los refulgentes bucles de su lengua cabellera, inhábil ó avergonzada de levantar los ojos al cielo, tornábalos con remordimiento y con melancólica coquetería hacia su compañero de infortunio, hácia el débil Adán, que era desde entónces su deidad más próxima y su único apoyo en el inmenso erial de la tierra. Esto quiere decir, como vd. bien comprende, que en la mujer primera existió cierta especie de necesidad de reparar su falta, de amortiguarla, de hacer que la olvidase el pobre ángel caido, procurando concentrar en sí misma todas las bellezas y los encantos todos del Eden que les fué cerrado. Desde entónces la delicada mitad de la especie humana viene caracterizándose por una coquetería heredada, bien seductora cuando se le imponen determinados límites, muy repugnante cuando pasa de ellos. Si á un sér de tal naturaleza se le aconseja prescindir de algo de lo que en su concepto realiza su hermosura, ¿no es de suponer que, por razonado que sea el consejo, encontrará siempre y por todas partes cerrados los oídos?

Y sin embargo, de la higiene de la mujer voy á ocuparme resueltamente. Si nada alcanzo; si á pesar de cuantas razones acopie en mis subsiguientes cartas, para patentizar ciertos defectos de educacion y de costumbres que hacen enfermiza y abrevian la vida de las damas, la pobre semilla de mis palabras cae en infecundo terreno, me quedará el contento de haber hecho por mi parte algo en su bien.

Me interesa el sexo; por él he sentido siempre una simpatía sin límites y el más profundo respeto; basta que á él perteneciera la tiernísima señora que me crió á sus pechos, la inolvidable madre mia, cuya santa memoria es como el ángel guardian que por doquiera va conmigo; basta tener á mi lado á la mujer que, llena de abnegacion y de cariño, unió su vida á la mia; basta, por último, que al sexo pertenezca el casto boton de azucena que embalsama la atmósfera de mi vida, mi hija, para que me parezca dulce y grata la tarea que me propongo.